

# EL OCASO DE UNA ÉLITE RURAL: MIRADAS FEMENINAS DESDE ESPAÑA, REINO UNIDO Y ALEMANIA (SIGLO XIX)

## THE DECLINE OF A RURAL ELITE: WOMEN'S VIEWS FROM SPAIN, THE UNITED KINGDOM AND GERMANY (19<sup>TH</sup> CENTURY)

Cristina Ramos Cobano<sup>1</sup>

Recibido: 28/11/2024 · Aceptado: 09/07/2025  
DOI: <https://doi.org/10.5944/etfiv.38.2025.45270>

### Resumen

A través de las novelas escritas por autoras como la española Emilia Pardo Bazán, la británica George Eliot y la alemana Louise von François, se analiza el modo en que percibieron las relaciones sociales del mundo rural en el que ambientaron sus obras con una perspectiva de género y con un enfoque comparado. Escritas en la segunda mitad del XIX, estas novelas transitan desde los postulados formales del Romanticismo hacia una nueva forma de entender la escritura, la del Realismo, comprometida con la denuncia de las desigualdades y las miserias sociales; por ello convierten al lector en testigo del impacto subjetivo de las problemáticas que tensionaron a las sociedades agrarias, inmersas en un proceso de cambio no siempre benévolos, y de paso le permiten apreciar cómo estas mujeres desafiaron con su vida y sus novelas el discurso patriarcal hegemónico que trataba de reducirlas al ámbito de la domesticidad.

### Palabras clave

Literatura; siglo XIX; mundo rural; escritoras; historia de las mujeres

### Abstract

Through the novels written by authors such as the Spanish Emilia Pardo Bazán, the British George Eliot and the German Louise von François, we analyse the way in which they perceived the social relations of the rural world in which they set their works from a gender perspective and with a comparative approach. Written in the second half of the 19<sup>th</sup> century, these novels move from the formal postulates of Romanticism towards a new way of understanding writing, that of Realism,

---

1. Universidad de Huelva; [cristina.ramos@dhis2.uhu.es](mailto:cristina.ramos@dhis2.uhu.es). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6631-4059>  
Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto I+D+i 2020 «Generación de Conocimiento»: *Pasiones y afectos en femenino. Europa y América, siglos XVII-XX. Perspectivas históricas y literarias*, referencia PID2020-113063RB-I00.



committed to denouncing social inequalities and misery. As a result, they make the reader a witness to the subjective impact of the problems that stressed agrarian societies, immersed in a process of change that was not always benevolent, and at the same time allow the reader to appreciate how these women defied with their lives and their novels the hegemonic patriarchal discourse that tried to reduce them to the sphere of domesticity.

**Keywords**

Literature; 19<sup>th</sup> century; rural world; women writers; women's history

.....

## 0. INTRODUCCIÓN

A finales de 1872, el crítico Gustav Freytag sorprendía a sus lectores ensalzando la penetración psicológica y la corrección de estilo de Louise von François, autora de *Die letzte Reckenburgerin* y a quien terminaba reconociendo «poeta por la gracia de Dios»<sup>2</sup>. Gracias a esta reseña, la novela se convirtió inmediatamente en todo un éxito y en apenas veinte años François se erigiría en una de las pocas mujeres mencionadas en las historias de literatura alemana del siglo XIX, alabada por su poderosa narrativa, aunque siempre excluida del canon académico<sup>3</sup>.

*Die letzte Reckenburgerin*, en efecto, constituye una pieza esencial del Realismo burgués alemán y en ella se advierte perfectamente el compromiso social que distinguió a los autores de esta corriente, empeñados en plasmar sobre el papel la inquietud generada por el difícil parto de la modernidad al que estaban asistiendo<sup>4</sup>. En este interés radica su atractivo y el que las novelas realistas ofrecen en general para la investigación histórica, pues sus autores rechazaron los postulados idealizantes del Romanticismo para situarse en unas coordenadas interpretativas mucho más críticas, interesados en abordar los problemas sociales que los nuevos tiempos estaban agravando<sup>5</sup>. Historiadores como Dominick LaCapra, Alain Corbin o Roger Chartier, entre otros, han subrayado el extraordinario potencial de la literatura para permitirnos indagar en la subjetividad de los personajes anónimos, en las emociones y las relaciones personales que escapan a la historia oficial, sobre todo la escrita en el siglo XIX, cuando la novela asumió el lugar de «la verdadera historia» de la sociedad, desdeñada por una generación de historiadores fascinados por el dato y la política<sup>6</sup>. Por ello, superada la tentación de utilizarlas acríticamente como fuente de datos históricos, las novelas del último tercio del XIX brindan una ocasión inmejorable para comprender mejor cómo los cambios trascendentales de aquella época fueron percibidos y modelados discursivamente por la élite social e intelectual. A ello debe unirse el hecho de que, pese a sus objetivos declarados, la ficción realista ofrece una visión muy personal de la realidad social: la que percibe quien la escribe, con sus prejuicios y su deliberada selección de lo que quiere representar, pero también la que reinterpretan sus lectores al completar el acto comunicativo perseguido<sup>7</sup>. Como ya apuntara Isabel Burdiel, es necesario analizar las novelas —y todos los documentos, en realidad— como productos de una experiencia histórica concreta y a la vez como discursos internos, en los que se entremezclan las voces de quienes escriben y de quienes leen, matizadas por valores personales y colectivos<sup>8</sup>.

Por ello, en este trabajo hemos apostado por acercarnos a los cambios producidos en las relaciones sociales del mundo rural a través del testimonio vivo de la sociedad

2. Konzett, 2000: 302.

3. Fox, 1983: 148. Sobre la forma en que se construyó el canon literario alemán y la correspondiente exclusión de la mayoría de las mujeres escritoras de él, véase Whittle, 2013: 1-13.

4. Suárez Cortina, 2006: 18.

5. Labanyi, 2000: 4.

6. Chartier (2020): 67. Lacapra, 2013: 12-30. Corbin (2011): 59-60.

7. Burdiel, 2015: 289-290.

8. Ibid: 273.

que se interesó por ellos, que escribió y publicó novelas utilizándolos como trasfondo de sus tramas de ficción. En concreto, nos hemos decantado por tres novelas del Realismo europeo escritas por mujeres: *Die letzte Reckenburgerin*, iniciada por Louise von François (1817-1893) en 1860, aun cuando viera la luz una década más tarde; *Middlemarch: A Study of Provincial Life*, publicada entre 1871 y 1872 por la británica Mary Anne Evans bajo el pseudónimo de George Eliot (1819-1880); y *Los pazos de Ulloa*, obra maestra de la española Emilia Pardo Bazán (1851-1921), dada a conocer en 1886.

Nada en esta elección es casual. En primer lugar, estas novelas fueron escritas y publicadas en el último tercio del siglo XIX, pero las tres coinciden al situar sus tramas en un pasado reciente que resultaría clave en la conformación del Estado liberal o las identidades nacionales de sus respectivos países: las llamadas Guerras de Liberación frente a las invasiones napoleónicas, en el caso de la obra de François; el turbulento periodo que desembocó en la Ley de Reforma electoral de 1832 en Reino Unido, reflejado en la novela de Eliot; y los primeros años del Sexenio Revolucionario, que sirven de trasfondo a la novela de Pardo Bazán. Sin embargo, lo que ha de interesarnos no es el periodo en sí en el que se desarrollan sus tramas, sino los motivos por los que las autoras eligieron revivir justamente ese pasado y trasladar a él su preocupación por las problemáticas que tensionaron a las sociedades agrarias de su propia época<sup>9</sup>.

En segundo lugar, y muy vinculado al anterior, el espacio: las tres situaron sus novelas en la tierra que las había visto nacer, en un mundo rural que les era familiar y se hallaba sometido a presiones distintas en función de su propia historia, su realidad económica y el contexto político de su tiempo. Así, en la década de los sesenta, los Estados alemanes acometían la última fase de su proceso de unificación nacional, que en la historiografía y la memoria colectiva tenía su referente más destacado en las guerras contra Napoleón, y que en lo económico estuvo marcada por el importante salto industrializador de los años cincuenta y la liberación del campesinado, favoreciendo que Prusia soñase de nuevo con recuperar su estatus de gran potencia europea<sup>10</sup>. En cambio, a comienzos de los setenta, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda era un Estado perfectamente institucionalizado y cabeza de un imperio de colosales dimensiones, sometido a profundos cambios de orden económico que habían lanzado la industrialización a su segunda fase, en tanto que la agricultura atravesaba una época dorada merced al aumento de su productividad y de la fortaleza del mercado interno<sup>11</sup>. En este nuevo clima socioeconómico, el sistema político había ido reaccionando lentamente a las demandas de democratización, mientras que la gobernanza se volvía cada vez más intervencionista y reguladora<sup>12</sup>. En la España de la Restauración, por su parte, la construcción del Estado liberal había culminado después de que las grandes turbulencias de las décadas precedentes se hubieran saldado con el triunfo del liberalismo más conservador: a mediados de los ochenta, en efecto, se había asentado definitivamente el «turno pacífico»,

9. Ibid: 275.

10. Hagemann, 2015: 337-338. Kitchen, 2019: 58-59.

11. Hoppen, 1998: 12-13. Tames, 2013: 21 y 66.

12. Hall et al., 2000: 2-3. McCord & Purdue, 2007: 305-335. Ashworth, 2017: 4-5.

por el que se alternaban artificialmente en el poder conservadores y liberales bajo la adjudicación de la Corona y con el sostén indispensable del caciquismo, cuestionado ya entonces como un sistema ilegítimo de dominación social y como freno al avance benéfico y modernizador del liberalismo<sup>13</sup>. En el plano económico, la industrialización y el proceso de modernización habían comenzado muy tarde, apenas tres décadas atrás, por lo que los cambios aparejados consigo eran algo relativamente reciente, pero ya causaban fuertes tensiones que las élites dominantes no terminaban de encajar en sus esquemas de dominio del poder, incluso en un rincón tan alejado como Galicia<sup>14</sup>.

Finalmente, la elección de tres novelas escritas por mujeres obedece a la asunción de la centralidad del género en la conformación de las sociedades contemporáneas a lo largo del siglo XIX: la sociedad liberal excluyó a las mujeres de los espacios deliberativos de la nación y del conjunto de los derechos asociados a la ciudadanía moderna, forjando para ellas nuevos modelos de feminidad doméstica que respondían a los variados proyectos nacionales gestados por las diferentes culturas políticas posrevolucionarias, y las investigaciones recientes apuntan a que las propias mujeres se resituaron en el centro y en los márgenes del nuevo sistema liberal<sup>15</sup>. En muchos casos, la forma de hacerlo fue a través de la escritura, revelada como una práctica social potencialmente transgresora, en cuyo ejercicio podían hallar fórmulas efectivas para redefinirse y conformar identidades propias, al tiempo que desestabilizaban certidumbres, ortodoxias y las visiones estereotipadas de qué fue el liberalismo<sup>16</sup>. Por ello, el análisis de la producción literaria femenina constituye una vía de grandes posibilidades para profundizar en el conocimiento de una realidad poliédrica y dinámica, sobre todo en lo que respecta a las relaciones de género, los modelos de feminidad y el modo en que las escritoras contribuyeron a forjar subjetividades propias, no necesariamente alineadas con la ideología liberal de la diferencia sexual<sup>17</sup>.

En esta línea, el enfoque comparado aspira a trascender los límites de la historiografía nacional para comprender cómo estas autoras percibieron y reelaboraron con sus escritos los efectos que el proceso de modernización causó en las sociedades agrarias europeas, incluyendo lo que afectaba específicamente a las mujeres y a sus relaciones sociales. Nos situamos así en una línea historiográfica que parte del renovado interés por las escritoras de los siglos modernos y el mundo contemporáneo, y que recientemente ha incorporado un enfoque transnacional comparativo, que aborda la literatura escrita por mujeres profundizando en la importancia de los vínculos —«reales» o textuales— que había entre las autoras que en cada época operaron en diferentes contextos nacionales<sup>18</sup>. Como no hemos podido determinar de momento la existencia de tales conexiones entre las tres

---

13. Moreno-Luzón (2007): 417-419.

14. Amaral et al. (2020).

15. Sierra, 2014: 83-84. Género e historiografía contemporánea (2024): 330-331.

16. Aguado, 2009: 147-148. Burdiel, 2015: 266.

17. Burguera (2017): 15-16. Labanyi (2017): 49-52.

18. Hutzcheon, 2002: 3. Gilleir & Montoya, 2010: 4-7.

escritoras seleccionadas, este trabajo deberá limitarse al análisis comparado, a la espera de que ulteriores investigaciones permitan explorar las posibilidades del enfoque transnacional<sup>19</sup>.

Partiendo de todas estas consideraciones, nuestro trabajo comienza con un análisis del argumento de las novelas seleccionadas, relacionando el proceso de su escritura con la biografía de sus autoras y el contexto específico que explica su aparición. Seguidamente, nos detendremos en aquellos detalles que informan del modo en que estas escritoras percibieron y reinterpretaron en sus obras las tensiones que la modernización ocasionó en la sociedad rural de sus respectivos países, sobre todo en lo que concierne a la estructura social y la reconfiguración de las élites tradicionales. En la última parte llevaremos a cabo una reflexión global que aborde esos procesos de cambio desde un enfoque comparado e integrando la perspectiva de género.

## 1. DE NOVELAS Y VIDAS

Publicadas en apenas quince años, las tres novelas elegidas poco tienen en común, más allá de la perfección de su estilo y del hecho de haber sido escritas por mujeres. La más compleja por su estructura narrativa es *Die letzte Reckenburgerin* (1871), de Louise von François, que se articula en torno a dos versiones de una misma historia parcialmente contrapuestas y que se yuxtaponen entre sí: la primera parte de la novela narra las desventuras de August Müller, quien en 1823 parte con su hijita en busca de sus orígenes, pero fallece al poco de llegar al castillo de los Reckenburg. En ese punto inicia el relato de Hardine von Reckenburg, quien en 1837 decide escribir sus memorias para explicar la verdad sobre las acusaciones vertidas por Müller y su auténtica relación con la desgraciada huérfana que lleva su nombre, a la que ha acogido y educado como su protegida. De acuerdo con su narración, Hardine era la última descendiente de una rama secundaria y empobrecida de los Reckenburg, hasta que se convirtió en la heredera universal de su madrina y descubrió sus dotes como hacendada y reformadora social en las fincas solariegas de su linaje, acometiendo toda suerte de transformaciones agrarias que trascenderían a la población, con el trasfondo de las Guerras de Liberación contra Napoleón. Sin embargo, también habría de ocuparse en la distancia de la educación de un niño adulterino, nacido de un desliz de la que había sido su amiga de la infancia: August Müller, cuya hija finalmente recibirá todos los bienes de los Reckenburg, salvo el apellido.

Aunque sorprenda la genialidad de semejante apuesta estructural tratándose casi de una ópera prima, en realidad Louise von François llevaba toda una vida depurando su estilo, aun cuando no hubiera comenzado a escribir seriamente hasta rozar los cuarenta<sup>20</sup>. Educada en casa, desde muy joven se había beneficiado de la amistad entre su familia y el dramaturgo Adolf Müllner, quien le granjeó total

---

19. Algo semejante, por ejemplo, a lo que se ha tratado de hacer en Hagemann & Quataert, 2007.

20. Mutter, 1997: 94. Fox, 1983: 94.

acceso a su biblioteca personal, lo que, unido a su amistad con la escritora Fanny Tarnow y las largas sesiones literarias en su casa, favorecería que desarrollase un estilo propio muy refinado<sup>21</sup>. Sin embargo, la escritura no fue una opción de vida libremente escogida, sino la única alternativa posible para asegurarse un sustento digno: el capital que le había quedado de su padre, un oficial prusiano de noble ascendencia al que apenas llegó a conocer, fue malversado en su juventud por un tutor poco escrupuloso, y el caudal de su familia materna, hasta entonces la más rica de la ciudad, también acabó perdiéndose<sup>22</sup>. La escritura se convertiría así en el único consuelo posible mientras cuidaba de su madre y otros parientes, pero también fue una forma de obtener cierta seguridad financiera y reconocimiento, acompañados, eso sí, de una gran ansiedad por tratarse de una actividad sin prestigio entre la nobleza, a la que seguía perteneciendo en conciencia pese a su forzado desclasamiento<sup>23</sup>. Cuando su madre finalmente falleció en 1871, Louise von François tenía ya cincuenta y cuatro años y poco margen para experimentos vitales, así que por decisión propia permaneció en Weißenfels hasta que la muerte la sorprendió en 1893 con setenta y seis años.

Su vida, a menudo interpretada como una novela de renuncia, nada tiene que ver con la de la británica Mary Anne Evans, autora de *Middlemarch* (1871-1872). Nacida en el seno de una familia de clase media en Nuneaton, donde su padre trabajaba como administrador de los Newdigate, Mary Anne se familiarizó con el mundo rural acompañándolo en sus rondas por las granjas, lo que le permitió conocer de primera mano las complejas relaciones sociales propias de las comunidades agrarias de los Midlands occidentales<sup>24</sup>. A este aprendizaje práctico se unió la esmerada educación que recibió en 'The Elms', el internado donde vivió y estudió hasta los quince años, continuada luego con la biblioteca de los Newdigate y las clases de música, italiano y alemán que recibió de sus tutores particulares. Al retirarse su padre de la vida activa, ya viudo, todo cambió para Mary Ann, que en aquel entonces tenía veintidós años y había modificado su nombre eliminando la última vocal: empezó a remitir sus traducciones del alemán a la editorial londinense de John Chapman y en ella encontraría luego empleo al quedar huérfana, editando artículos y reseñando todo tipo de libros<sup>25</sup>. Trabajando para la revista de la editorial conocería a intelectuales de ideas afines y especialmente al que sería su gran amor, George Henry Lewes, un hombre separado con el que Marian, como se hacía llamar entonces, construiría un ambiente de respeto y compañerismo en el que ambos compartieron vocación autorial y su amor por la cultura alemana<sup>26</sup>. Sería él también quien favoreciese la publicación de la primera novela de 'Marian Lewes' en 1856, *The Sad Fortunes of the Reverend Amos Barton*, pero el haberla enviado como la obra de un escritor anónimo

21. Worley, 1989: 174-175.

22. Mutter, 1997: 105. Gleadle, 2001.

23. Worley, 1989: 174-180.

24. En este sentido, véase Hoppen, 1998: 15-21. Tames, 2013: 135-147.

25. Ambrose, 2015: 62-63.

26. Guth (1999): 913-914.

implícitamente masculino favoreció que adoptase para siempre un pseudónimo de varón, el único de sus nombres que ya no abandonaría jamás: George Eliot.

*Middlemarch* sería su sexta y penúltima novela, considerada unánimemente por la crítica literaria la más compleja y brillante de todas, hasta el punto de valerle su definitiva inclusión en el canon y su reconocimiento indisputable como la mejor pluma del Realismo británico<sup>27</sup>. Muchos de los aspectos que hoy distinguen a esta novela fueron experimentos que quiso poner a prueba, desde la forma de publicarla, en ocho partes de medio volumen, hasta su estructura argumental, compuesta por dos tramas solo ligeramente interconectadas que se desarrollan de 1829 a 1832 en *Middlemarch*<sup>28</sup>. La historia principal narra el noviazgo, matrimonio y viudez de Dorothea Brooke, bella e idealista heredera que decide casarse con Edward Casaubon, un pomposo erudito al que desea ayudar en su trabajo intelectual; el desengaño no tarda en llegar y la irrupción del primo de Casaubon, Will Ladislaw, no hará sino desestabilizar aún más su precario equilibrio conyugal, manifiesto en la cláusula infamante que aquel introducirá en su testamento prohibiendo a su viuda casarse con Ladislaw. La segunda trama estaba ligada a los hermanos Vincy: Fred sueña en secreto con desposar a la franca y sensata Mary Garth, pero sus esperanzas se derrumban cuando la herencia que esperaba recae en otras manos, obligándolo a dedicarse a la administración de fincas junto al padre de Mary. Rosamond Vincy, por su parte, es la belleza local indiscutible y ha sido educada para cifrar sus expectativas de felicidad en un matrimonio ventajoso que la haga ascender socialmente, aspiración compartida por la mayoría de las británicas de su tiempo<sup>29</sup>. La oportunidad parece presentársele cuando llega a *Middlemarch* el doctor Lydgate, de noble cuna, pero empeñado en vivir de la medicina y aplicar sus avanzadas ideas higienistas. Como trasfondo de ambas historias, toda una época de revoluciones especialmente intensas: así, el clima político queda definido por los debates para la promulgación de la Primera Ley de Reforma y la lucha por ampliar el sufragio censitario, en tanto que las prácticas higienistas empiezan a cuestionar la medicina tradicional y la revolución industrial parece transformarlo todo, desde la agricultura y los transportes a las condiciones de vida de los trabajadores y sus relaciones sociales<sup>30</sup>.

Un contexto similar reproduce Emilia Pardo Bazán en *Los pazos de Ulloa* (1886), ambientada en Galicia a finales del reinado de Isabel II y principios del Sexenio Revolucionario: la novela comienza a finales de 1866 con la llegada al caserón de los Moscoso del sacerdote Julián, encargado de administrar los bienes de don Pedro, a quien todos se dirigen como «marqués», pese a que el título nobiliario pertenece a otra rama familiar. Escandalizado por el estado ruinoso de los pazos, a los que se compara con una gran huronera, y por el zafio comportamiento de su señor, el capellán casi renuncia a su cargo al comprender que don Pedro vive subyugado por el mayordomo Primitivo y la criada Sabel, de quien tiene un hijo ilegítimo, pero

27. Levine, 2013: 63.

28. Henry, 2012: 203.

29. Hoppen, 1998: 318-320.

30. Henry, 2012: 192.

acaba persuadiéndose de que su misión en la vida es reconducirlo por el camino de la rectitud y lo convence de casarse con su prima, la señorita Marcelina Pardo de la Lage, llamada familiarmente Nucha. Sin embargo, el matrimonio solo sosegará al rústico noble de manera temporal, pues el nacimiento de una niña y no el del ansiado heredero hará que vuelva a las andadas con la hija del mayordomo, recuperando sus hábitos más vulgares y añadiendo a estos el maltrato a Nucha, que se marchitará y morirá al poco tiempo.

Cuando la única hija de los condes de Pardo Bazán publicó esta novela en 1886, era ya una escritora consumada de treinta y cinco años, independiente y audaz: pese a haberse casado muy joven con el hombre que quiso, no dudó en separarse discretamente cuando este le dio a elegir entre el matrimonio y su carrera literaria, y desde entonces se dedicó por completo a la escritura y a la crianza de sus hijos, respaldada por el caudal de sus padres y sin preocuparse demasiado por las resonancias escandalosas de su vida<sup>31</sup>. Por ello no es de extrañar que, a diferencia de otras autoras de entonces, pudiera desplegar una intensa actividad novelística que a lo largo de cuatro décadas de carrera produjo más de un centenar de relatos cortos y cuentos, así como una veintena de novelas, algunas consideradas obras maestras del Naturalismo<sup>32</sup>.

En efecto, su gran ventaja era contar con una familia que encarnaba la metamorfosis experimentada por algunos linajes privilegiados del Antiguo Régimen, reconvertidos en la élite liberal del XIX, y en el caso concreto de los Pardo Bazán eso implicaba unir a la nobleza de sangre una considerable riqueza y su adscripción al liberalismo progresista, reorientada luego hacia el carlismo por el desencanto derivado de los experimentos del Sexenio Democrático<sup>33</sup>. Dada su condición social, la educación de Emilia había discurrido a cargo de su madre, en el propio hogar y rodeada de la extraordinaria biblioteca atesorada en las Torres de Meirás<sup>34</sup>. Sus obras destacaron pronto por su incuestionable calidad, apenas encasillable por su complejo temple: profundamente católica, se empeñó en conjugar religión, ciencia e individualismo, y nunca sintió la menor contradicción entre su acendrada religiosidad y su feminismo radical, quizás por los cambios en el discurso católico sobre las relaciones de género en aquel tiempo<sup>35</sup>. Lo cierto es que su compromiso feminista es total, y sorprenden aún por su agudeza los juicios que emitió acerca de las causas que llevaron a una mayor discriminación de la mujer y al fracaso del feminismo a finales del siglo XIX<sup>36</sup>.

Aun siendo muy diferentes entre sí, en las historias recreadas por François, Eliot y Pardo Bazán resuenan como un eco las mismas problemáticas, hijas de las contradicciones entre el mundo heredado de sus mayores y el que amenazaba con reemplazarlo: entre otras, el desconcierto de la antigua nobleza ante su progresivo

31. Burdiel, 2019: 184-186. Burdiel, 2021: 32.

32. González Herrán, 2021: 177-179.

33. Hernández Franco & Irigoyen López (2022): 164-165.

34. Patiño Eirín, 2021: 161-162.

35. Romeo Mateo, 2021: 62. Blasco Herranz (2023): 244-247.

36. Bieder, 2018: 45.

desclasamiento en una época en que mérito y riquezas comenzaban a sustituir a los blasones y el individualismo se abría paso con brío sin desaparecer por ello lo familiar; o las dificultades específicas de género a las que se enfrentaron las mujeres de este grupo social, abocadas a redefinir su papel tradicional en un contexto cambiante que, además, trataba de imponerles nuevos límites desde los variados discursos normativos sobre la diferencia sexual que vieron la luz en el siglo XIX<sup>37</sup>. Veamos cómo.

## 2. *DIE LETZTE RECKENBURGERIN* (1871)

Según parece desprenderse de su novela, Louise von François debió de compartir la impresión generalizada de que el proceso de cambio social vivido en Alemania fue un fenómeno relativamente rápido, revolucionario e imparable, hasta el punto de verse culminado en el curso de una sola generación: a través de los recuerdos que la protagonista de *Die letzte Reckenburgerin* evoca en 1837, los años previos a la Revolución Francesa ya acusaban en el Electorado de Sajonia el ascenso cada vez más pujante de los sectores enriquecidos del pueblo llano, pero aún permanecía inalterada la frontera invisible que los separaba de la nobleza de sangre, como su propia familia, cuya dignidad era «un firme pedestal sobre el que, incluso en pleno descenso social, uno podía permitirse alegremente una mezcla patriarcal hoy, y mañana, sin ofensa, trazar una linde castellana» (1: 92-93)<sup>38</sup>. Esta clara separación entre nobles y plebeyos se extendía al ámbito de lo privado y, aunque los afectos pudieran forjar vínculos que atravesaran la jerarquía social de arriba abajo, como en el caso del cariño que los Reckenburg profesaban a su vecina Dorl o del amor que la propia Hardine sentiría por la nieta de aquella, la nobleza obligaba a guardar distancia y respetar los códigos de conducta entre estamentos, más aún en sentido ascendente.

Al final de su vida, sin embargo, Hardine parecía asumir con estoicismo que los tiempos habían cambiado y se había consumado la desvalorización del linaje, sustituido definitivamente por otros indicadores de superioridad social ligados a la riqueza, y su propio comportamiento resulta sintomático al respecto: fiel al principio del honor aristocrático, aceptó la inevitabilidad del agotamiento de su estirpe sin caer en la tentación de prolongarla artificialmente dando su apellido a Hardine Müller, a quien educó conforme a su condición burguesa (2: 219-220). Ahora bien, en lugar de transmitir los bienes de los Reckenburg a algún linaje nobiliario remotamente emparentado con el suyo, la anciana Hardine sancionó el final de una época al decidir que pasaran a manos de su protegida, una plebeya de origen bastardo cuya educación y ocupaciones la hacían adecuada para la vida familiar de clase media, pero cuya gracia natural y desenvoltura la situaban por encima de la dignidad de un hombre de su teórico rango (2: 224). En cierto modo,

37. Aresti (2010): 25-26.

38. Dada la frecuencia con la que se citarán las novelas analizadas, nos parece más sencillo indicar entre paréntesis tras cada cita el volumen y las páginas exactas, para no sobrecargar el aparato crítico innecesariamente.

esta combinación la convertía en una criatura híbrida, el enlace natural entre una época que reconocía a la nobleza una preeminencia social «en derecho y honor», como rezaba el lema familiar de los Reckenburg, y otra nueva en la que la sangre no importaría ya tanto como el esfuerzo y la dedicación, sobreentendidos en la posesión de la riqueza.

Cuando compuso semejante historia en la década de 1860, Louise von François contaba con la perspicacia de haber sido testigo y protagonista involuntaria de esa transformación social, que en Prusia revistió connotaciones muy peculiares al verse impulsada desde arriba tras las catastróficas derrotas de Auerstedt y Jena en 1806: en su intento de movilizar a toda la nación contra la Francia napoleónica, la monarquía absoluta de los Hohenzollern se vio en la necesidad de potenciar el talento burgués y acabar con el monopolio que la nobleza ejercía en la administración y el Ejército, liberando de paso el mercado de la tierra y al campesinado, si bien estos profundos cambios institucionales habían comenzado en realidad a principios del siglo anterior, a instancias de un pequeño grupo de élites burocráticas capaces de impulsar la acción en nombre del progreso comercial y el crecimiento económico<sup>39</sup>. Comprensiblemente, estas reformas se enfrentarían a la resistencia de los estamentos nobiliarios, de los que no cabía esperar otra reacción, pero también de aquellos grupos sociales a los que se pretendía emancipar en aras de la unidad nacional: los campesinos, que tendrían que seguir prestando servicios a los terratenientes y además pagar impuestos especiales; los artesanos, hasta entonces agremiados y perjudicados por la liberalización del comercio; y, en general, todos los afectados por la introducción del servicio militar obligatorio sin exención posible, en un ambiente de creciente autoritarismo y censura para refrenar el tono radical de la opinión pública<sup>40</sup>.

La novela de François, sin embargo, no refleja ese extraordinario descontento social que iría creciendo hasta estallar en la revolución de 1848, sino todo lo contrario, y es que la historia de Hardine von Reckenburg, más que la realidad, representa el ideal subjetivo de una nación en plena gestación, condensado en aquel utópico paraíso establecido en sus explotaciones agrarias: el de una sociedad comprometida con su progreso económico y moral, unida pese a sus diferencias internas bajo los principios rectores de la dignidad, el trabajo duro y la abnegación. Presentados como virtudes patrias, en el fondo eran los mismos principios por los que la autora se condujo personalmente o, al menos, con los que quiso que se la identificase en la madurez, resignificándose como una mujer serena, modesta y racional, aunque en su juventud hubiera cuestionado en privado los límites impuestos a su existencia y se resistiera orgullosamente a que los demás la creyesen débil o dependiente<sup>41</sup>. Sin embargo, resulta difícil discernir cuánto hay en todo esto de autorrepresentación y cuánto de reelaboración discursiva: para cuando se publicó *Die letzte Reckenburgerin*, en 1871, empezaban a cobrar fuerza otra vez las proclamas reformistas que apelaban

39. Simms, 1999: 87-90. Kopsidis & Bromley (2017): 729-730.

40. Schulze, 1999: 71-74.

41. Worley, 1989: 182-183.

al compromiso con el honor y el cumplimiento del deber como valores esenciales de Prusia y, a través de esta, asociados a la recién unida Alemania, a fin de reparar las profundas brechas socioeconómicas abiertas por la Revolución Industrial y que habían hecho peligrar el proceso de unificación en su última fase por la lucha entre los intereses del norte y los del sur, del este y del oeste, a lo que se unían los enfrentamientos entre los partidos tradicionales y los que creían en las nuevas ideas revolucionarias de legitimidad, así como entre el protestantismo y el catolicismo<sup>42</sup>. Por otro lado, la propia Louise había abrazado estos valores voluntariamente desde la infancia porque los identificaba con su padre, un oficial de la baja nobleza sajona que luchó en las guerras contra Napoleón y falleció siendo ella muy pequeña, por lo que es probable que el ideal que proyectó en su novela obedeciese tanto a sus propias convicciones personales como al ambiente nacionalista al que contribuyó de manera activa con sus escritos<sup>43</sup>.

En esa estampa idealizada, Louise von François muestra una sociedad austera, impregnada de los ideales burgueses del deber, el trabajo, la conciencia social y la rectitud moral, que en su opinión debían conformar el carácter de la nación alemana, en este caso con una clara influencia del protestantismo<sup>44</sup>. Sin embargo, lo llamativo es el papel performativo que atribuye a la antigua nobleza de sangre, comprometida con la mejora social a través de su encarnación en Hardine y su programa de reforma agraria, a punto de ceder paso a una élite distinta, modelada sobre esos mismos principios que la joven Müller asumirá como propios una vez convertida en heredera universal de los bienes de los Reckenburg. Con esta pírueta narrativa, que a Freytag le parecía el punto más endeble de una obra por lo demás excepcional, Louise von François trazaba una línea de continuidad moral entre la antigua nobleza sajona y la nueva aristocracia terrateniente, justificando así la legitimidad de esta última en el proyecto nacional de Alemania, pero de paso también la suya propia: al igual que Hardine Müller, a quien hizo nacer en 1817 como ella, Louise von François era hija de un padre noble, como en parte lo había sido August Müller por bastardía, mientras que su madre procedía de una familia burguesa que había pertenecido a la notabilidad de Weißenfels por su fortuna, como también lo había sido Dorl a través del negocio de su padre y luego por su ventajoso matrimonio con el médico Faber. Aunque siempre llevase a gala la nobleza que le correspondía por vía paterna, en realidad Louise von François creció como una joven burguesa y sus perspectivas de vida eran similares a las de su propia madre, al menos hasta que la pésima gestión de su tutor hizo que perdiera su herencia, de modo que su novela puede interpretarse también como una forma discursiva de resituarse ventajosamente en la nueva sociedad alemana.

---

42. Schulze, 1999: 75.

43. Worley, 1989: 165-168. Bland (2013): 140-147.

44. Mutter, 1997: 97.

### 3. MIDDLEMARCH (1871-72)

De manera semejante, las experiencias personales de George Eliot y el momento histórico en que compuso *Middlemarch* resultan determinantes para comprender por qué presenta a la aristocracia terrateniente de los Midlands con tantos claroscuros. Como en la novela anterior, los diferentes personajes erigen con sus actos y prejuicios toda una serie de barreras invisibles que los divide en multitud de estratos sociales, pero sin que la nobleza de sangre tenga el mismo peso que en la obra de Louise von François. De hecho, una de las familias de mayor distinción en el microcosmos de *Middlemarch*, los Brooke, «con todo y no ser exactamente aristócratas, eran indudablemente «buenos» y, aunque se rastreara una o dos generaciones atrás, no se descubrían antepasados menestrales o tenderos, ni nada inferior a un almirante o un clérigo» (1: 2). Pertenecientes a la alta burguesía terrateniente o *gentry*, los Brooke compartían la cúspide de la jerarquía social con un reducido círculo de familias igualmente respetables, aunque de variada extracción, como la de Sir James Chettam, el joven barón que tras ser rechazado por Dorothea cortejará y desposará a Celia, su hermana menor, y que constituye prácticamente el único ejemplo de auténtica nobleza en la élite de *Middlemarch*. Por debajo de este nivel más o menos heterogéneo, pero fácilmente diferenciable del resto por su superioridad, comienzan a desdibujarse los límites objetivos entre unos estratos y otros, una realidad apuntada ya por la propia historiografía que ha estudiado las relaciones sociales en las comunidades rurales inglesas<sup>45</sup>.

A lo largo de sus más de mil quinientas páginas, la obra en su conjunto parece cuestionar el funcionamiento de esa sociedad tan estratificada y convencida de la inamovilidad de sus barreras internas, al contraponer con su voz narradora una imagen distinta, la de una red de relaciones sociales que a menudo deviene una auténtica telaraña en movimiento, sometida a todo tipo de vicisitudes que cambian constantemente los límites de las relaciones sociales y engendran una nueva conciencia de interdependencia<sup>46</sup>. Uno de los instrumentos de los que se vale George Eliot para cuestionar esa pretendida inmovilidad social es su sagaz ironía, que por momentos incurre en la absoluta ridiculización de los propios caracteres o de las situaciones en las que se ven envueltos, pues incluso los más afables reciben de su pluma algún rasgo distintivo que los aleja de una caracterización en términos absolutos que habría resultado poco realista. En el caso de los miembros de la élite rural, sin embargo, la balanza tiende a decantarse en negativo conforme va desarrollándose la doble trama de la novela, aunque el tratamiento que la autora dispensa a unos personajes y a otros varía considerablemente: a decir verdad, solo Sir James queda relativamente bien parado en la historia, pues, a pesar de sus prejuicios de clase y la ligereza con que mudó sus afectos de una hermana a la otra tras ser rechazado por Dorothea, en el resto de la novela su proceder resulta intachable, coherente consigo mismo y con su clase. En cambio, los demás

45. Hoppen, 1998: 18.

46. Para profundizar más al respecto, véase Williams, 1970: 88-92.

próceres de *Middlemarch* traicionarán con sus actos los principios morales que a ojos de la sociedad respaldan su posición superior, de ahí que provoquen un rechazo soterrado o incluso la oposición abierta de sus subalternos, manifestando así la grave crisis que desde la perspectiva de Eliot aquejaba al sistema tradicional heredado de siglos.

El personaje del señor Brooke es en este sentido peculiar porque la autora condensa en él todos los componentes simbólicos de la progresiva pérdida de autoridad moral de una cierta parte de la *gentry*, manifiestos en su incapacidad para comprender las necesidades de sus colonos y su frontal oposición a la modernización de las prácticas agrarias en sus fincas, enrocado en una postura no exenta de cierta condescendencia paternalista. Ya en las primeras páginas se lo presenta como un hombre de pensamiento errático, opiniones variopintas, absolutamente impredecible en sus reacciones salvo en lo concerniente al dinero, pues, siendo generoso en sus intenciones, no lo era tanto con el bolsillo. Conforme vayan pasando los capítulos, sin embargo, esta pintoresca descripción se irá revistiendo de connotaciones cada vez menos amables y el señor Brooke terminará por convertirse en una parodia de aquellos sectores que, cómodamente instalados en el poder y la autocomplacencia, permanecían desconectados de la realidad y de las miserias de los trabajadores de sus tierras, incumpliendo así los principios implícitos en la cultura de la autoridad sobre la que se asentaban las relaciones sociales en el agro británico: en concreto, los de la responsabilidad patricia y las reciprocidades de la obligación y el deber<sup>47</sup>.

En la época retratada por Eliot, aún eran perceptibles los efectos provocados por el necesario reajuste económico tras dos décadas de guerra continua con la Francia napoleónica, pues quince años de paz no habían sido suficientes para que se recuperasen los precios de los productos primarios, y a ello se sumaba un contexto de gasto cada vez más elevado por la reanudación de las importaciones y el mantenimiento de unos impuestos indirectos muy altos, imprescindibles para hacer frente al aumento del gasto público en beneficencia, a la integración de Irlanda y al pago de la elevada deuda soberana<sup>48</sup>. No es de extrañar que algunos terratenientes se resistieran a incrementar aún más sus gastos para invertir e innovar en unas fincas que tradicionalmente les habían proporcionado suficientes rentas para preservar su riqueza, estatus, responsabilidades locales y poder político, pero la manera en que George Eliot presenta al señor Brooke da cuenta sobre todo del rechazo social que tales actitudes generaban por anacrónicos e inadecuados a los nuevos tiempos: así, los comentarios condescendientes y paternalistas que al principio de la novela dirige a su propia sobrina, cuyas aspiraciones intelectuales descarta por la debilidad natural del cerebro femenino, o los que prodiga a Chettam cuando le aconseja que se limite a llevar sus tierras como siempre se ha hecho, sin experimentar con innovaciones que no conducirán a nada, poco a poco se irán completando con otras reflexiones y gestos que lo presentan como un terrateniente

---

47. Price, 1999: 300.

48. O'Brien, 2022: 33.

cicatero, totalmente ajeno a las penurias que experimentan sus inquilinos y que él mismo contribuye a agravar en su ignorancia (1: 18-19). Sorprende así poco que, deslenguado bajo los efectos del alcohol, uno de sus colonos acabe escupiéndole su odio a la cara y responsabilizándolo de la miseria en la que viven, con el augurio de que la reforma electoral que se está discutiendo en el Parlamento acabará con los abusos de los explotadores como él (2: 317-318).

Las investigaciones en historia económica han demostrado que, incluso careciendo de contratos de arrendamiento, la mayoría de los agricultores vivían en la práctica con cierta seguridad porque los terratenientes generalmente mantenían sus rentas bajas y las revisaban solo a largos intervalos, preocupándose de ayudar a sus mejores arrendatarios en los años difíciles, a fin de asegurarse votos y ganar popularidad; sin embargo, el señor Brooke constituía la excepción a esta regla y, sin pretenderlo realmente, contravenía los principios morales que garantizaban la supervivencia de la comunidad, de ahí probablemente su negativa caracterización<sup>49</sup>. George Eliot conocía de primera mano la situación en la que vivían muchos de los granjeros en los Midlands porque en su adolescencia había tenido ocasión de relacionarse con los labradores de los Newdigate en Arbury Hall, en el condado de Warwick, y, de hecho, su propio padre le había proporcionado el referente perfecto para bosquejar a Caleb Garth como administrador de las principales fincas de Middlemarch. También había sido testigo de los disturbios sin precedentes que los debates conducentes a la Ley de Reforma de 1832, la primera de varias en el largo camino hacia el sufragio universal, habían provocado en la mayoría de los condados de Inglaterra, convertidos en el vehículo ideal para expresar el descontento por la mecanización de la agricultura y las duras condiciones de trabajo: los Swing Riots<sup>50</sup>. Para cuando publicó el primero de los tomos de *Middlemarch*, en 1871, hacía ya cuatro años que había sido promulgada la Segunda Ley de Reforma con vistas a rectificar las insuficiencias de la primera, de modo que contaba con una doble retrospectiva excepcional para situar su novela en los años conducentes a aquella decepcionante reforma, que, si bien había acabado con el control exclusivo del poder por parte de la aristocracia, también había garantizado que la autoridad política siguiera ligada a la tierra y a sus dueños<sup>51</sup>.

Ahora bien, que la autora dedicase tantas páginas de su obra a exponer la progresiva pérdida de credibilidad y ascendiente social del señor Brooke puede ser indicativo del cambio que estaba produciéndose en la sociedad británica a la altura de 1870, más que del periodo retratado en la novela, pues los historiadores han demostrado que la élite terrateniente ejerció un dominio casi absoluto sobre el capital cultural, social, político y económico que alimentaba el sistema de relaciones sociales al menos hasta el último tercio del siglo XIX. A la altura de 1830, en cambio, los desencuentros que la autora personificó entre el señor Brooke y sus colonos debieron de ser minoritarios, o al menos insuficientes para cuestionar de manera

49. Dickinson, 2002: 143.

50. Hughes, 2013: 3-4. Aidt & Franck (2015): 506-507.

51. Kuzmic, 2016: 27-28. Tilly, 2016: 7-8.

tajante la autoridad social que la *gentry* ejercía a través de un sistema paternalista de reciprocidades, obligaciones y deferencias; en el último tercio del siglo, sin embargo, la atención otorgada por Eliot a esta subtrama informaría de la progresiva incapacidad del autoritarismo paternalista para articular unas relaciones sociales cada vez más tensionadas por las diferencias de clase, al menos desde su propia perspectiva<sup>52</sup>.

#### 4. LOS PAZOS DE ULLOA (1886)

Publicada quince años después que las novelas de François y Eliot, *Los pazos de Ulloa* ofrece infinidad de ejemplos de lo traumático que debió de resultar el proceso de modernización social para la antigua aristocracia española, y especialmente para la baja nobleza gallega, que la autora figuraba refugiada en sus decrepitas casonas rurales. En la época en la que daba comienzo su trama, a finales del reinado de Isabel II, hacía solo unas décadas que los Moscoso habían entrado en posesión del caserón que antiguamente fuera sede del marquesado de Ulloa gracias a «un pleitecillo de partijas», pero «los aldeanos, que no entienden de agnaciones, hechos a que los Pazos de Ulloa diesen nombre al título, siguieron llamando marqueses a los dueños de la gran huronera» (I: 158). Así pues, aunque solo fuera por el derecho consuetudinario local, don Pedro se sentía legítimamente noble y, en consecuencia, víctima de los cambios que estaban destruyendo la jerarquía tradicional; no obstante, toda su nobleza terminaba en ese uso espurio de un título que no le correspondía, pues su conducta y su carácter eran absolutamente vulgares por haber pasado casi toda su vida en la aldea, que, según su tío de la Lage, «cuando se cría uno en ella y no sale de allí jamás, envilece, empobrece y embrutece» (I: 125).

A lo largo de toda la novela, Emilia Pardo Bazán establece una distinción prácticamente dicotómica entre el mundo urbano y el rural, por la que se identifica el primero con la nueva sociedad burguesa, en la que el estatus derivaba del dinero y de lo que este podía comprar, y el segundo con el último reducto de la sociedad estamental, basada en la ecuación aristocrática que ligaba indisolublemente la calidad al nacimiento<sup>53</sup>. Tanto era así que, aunque el mayordomo Primitivo manejase indebidamente el poco dinero que les quedaba a los Moscoso y controlase a don Pedro prostituyendo a su hija Sabel, en sus tierras medio arruinadas este seguía gozando del prestigio propio de la nobleza y por ello no contemplaba siquiera la posibilidad de liberarse de su indigna sujeción marchando a la ciudad, donde «un zapatero que se hace millonario metiendo y sacando la lesna se sube encima de cualquier señor, de los que lo somos de padres a hijos» (I: 218-219). Sin embargo, el principal problema radicaría realmente en que don Pedro «no podía sufrir la nivelación social que impone la vida urbana; no se habituaba a contarse como número par en un pueblo, habiendo estado siempre de nones en su residencia

52. Price, 1999: 314.

53. Labanyi, 2000: 346.

feudal. ¿Quién era él en Santiago? Don Pedro Moscoso a secas» (2: 26). Ni su supuesta nobleza ni su formación intelectual eran legítimas en la ciudad, de ahí que, al poco de desposar a su prima Nucha, decidiese regresar a los pazos en busca de su perdida identidad nobiliaria<sup>54</sup>.

La decadencia de la baja nobleza rural se hace también evidente en la novela de Pardo Bazán a través de otros dos espacios indirectamente vinculados con la familia Moscoso: el primero es el hogar de su tío, don Manuel de la Lage, que simboliza la transición de la familia a un nuevo estatus de clase media y urbana, en tanto que el segundo sería el ruinoso pazo de Limioso, que don Pedro y Nucha visitan poco después de su boda. Con respecto al primero, sus orígenes de nobleza ambigua se hallan simbólicamente representados en los cachivaches que pueblan el desván familiar, mientras que el segundo resulta aún más decadente y melancólico porque la decrepitud del lugar se hace extensiva a las personas que lo habitan: don Ramonciño y sus tíos, que a ojos de una sorprendida Nucha parecen estatuas avejentadas, tan decrepitas y rígidas que podrían pasar por momias, estancadas en una existencia anacrónica<sup>55</sup>. Curiosamente, estos dos ejemplos desdibujan la clara separación que hasta entonces parecía vislumbrarse en la novela entre el espacio rural y el urbano, puesto que en ambos se aprecian trazas de la progresiva descomposición de la sociedad tradicional, personificada en una hidalguía provinciana que solo tenía dos opciones: transformarse en burguesía o agonizar hasta extinguirse. Con este giro discursivo, Emilia Pardo Bazán demostró una extraordinaria pericia al combinar los elementos simbólicos y los reales para resaltar las contradicciones de unos procesos sociales que distaban mucho de ser sencillos, manifestando en la práctica su decidida apuesta por el Naturalismo.

Sin embargo, la estampa que dibuja la autora dista mucho de ser un retrato exacto y unívoco de la realidad, pues las investigaciones históricas más recientes sobre la hidalguía gallega coinciden en señalar el éxito de este heterogéneo grupo a la hora de adaptarse y sobrevivir frente a los cambios propiciados por la legislación liberal<sup>56</sup>. Ciertamente, muchos señores *vinculeiros* habían comenzado ya en el siglo XVIII un proceso de sofisticación en línea con las tendencias europeas más cosmopolitas, adquiriendo un cierto gusto por la lectura, la formación universitaria y la vida urbana, que daría paso al refinamiento de la hidalguía de pazo del siglo posterior, pero no es menos cierto que la opinión más extendida no reparaba en estos casos y en el siglo XIX se tendía a criticar a los burdos «hidalgotes» de la Galicia más rural, cuestionando su falta de espíritu emprendedor y acusándolos de ser los principales causantes de la decadencia del país<sup>57</sup>. Así, algunos observadores de la época como Froilán Troche o Manuel Colmeiro incidían en su vegetar económico, de perfil eminentemente administrativo, pero las suyas no eran las únicas voces críticas y la literatura decimonónica de temática pacega se recreaba también en la decadencia de una hidalguía rentista que encaraba su ocaso, en parte

54. Ibarra, 2009: 130.

55. Bieder, 1990: 135.

56. Buena prueba de ello son los muchos ejemplos analizados en Rodríguez Palmeiro, 2021.

57. Migués Rodríguez & Presedo Garazo, 2012: 284-286.

porque coincidió históricamente con sus postimerías y en parte porque reproducía tópicos negativos muy arraigados, como en el caso de Valle-Inclán o los posteriores Otero Pedrayo y Carballo Calero<sup>58</sup>. Por su parte, aunque Emilia Pardo Bazán conocía bien las complejidades y paradojas de la hidalguía gallega y el mundo en que vivía, entre su propia familia y la mayoría de los hidalgos pacegos mediaba un abismo por la fortuna, el talante liberal, la educación y el carácter urbano que diferenciaban a los Pardo Bazán. Su temprano matrimonio con José Quiroga la había puesto en contacto con ese mundo rural que hasta entonces le había sido relativamente lejano, sobre todo gracias a las largas temporadas de verano que pasaron en el pazo de Banga, que se convertiría en su fuente de inspiración para *Los pazos de Ulloa*. La animadversión que siempre sintió hacia su suegra pudo acaso influir en la negativa caracterización que hizo de los habitantes del pazo en sus novelas, y hay quien ha querido ver en ello una suerte de venganza literaria hacia su familia política, pero nada de esto debe distraer del hecho de que sus críticas coincidían en lo esencial con la imagen colectiva de la hidalguía rural gallega que se forjó en la segunda mitad del siglo XIX<sup>59</sup>.

En buena medida, esta visión despectiva bebía del atraso objetivo de una economía fundamentalmente agraria, que solo entonces comenzaba muy lentamente a transitar desde el autoconsumo hacia la mercantilización; un atraso del que se responsabilizaba por completo a los propietarios, sin considerar los dramáticos efectos que la presión demográfica y el empuje regulador del Estado liberal tuvieron en las economías campesinas. Siendo realistas, sin embargo, los campesinos no fueron los únicos perjudicados en esta tardía transición, marcada por la desaparición del textil doméstico y la consecuente pérdida de unos ingresos que hasta entonces les habían permitido completar las insuficientes rentas agrícolas, pues los hidalgos pacegos también sufrieron mucho con la depreciación de la renta foral, pagada en especie por los aldeanos cuando ya la nueva fiscalidad del Estado reclamaba pagos en líquido<sup>60</sup>. A ello hay que sumar los efectos de los muchos pleitos que los enfrentaban judicialmente a otros dominios, tanto eclesiásticos como laicos, y que traducían una creciente conflictividad familiar, sobre todo en el ámbito sucesorio, que la propia Pardo Bazán dejó reflejada en la relación de don Pedro con los pazos<sup>61</sup>.

Por el momento, la dificultad para acceder a los pocos archivos familiares que han sobrevivido al declive de la hidalguía gallega imposibilita comparar de manera rigurosa a los moradores de los pazos con esas figuras literarias que doña Emilia dibujó a partir de sus clichés: rudas en costumbres, esencialmente rentistas e incapaces de reaccionar adecuadamente ante las transformaciones propiciadas por las reformas liberales, desde la abolición de señoríos y diezmos a las desamortizaciones civil y eclesiástica<sup>62</sup>. Sin embargo, los inventarios post-mortem que se conservan informan de una cultura pacega mucho más refinada que la burda y tosca

58. Saavedra, 2020: 1143-1144. Migués Rodríguez, 2009: 42-44.

59. Burdiel, 2019: 71. Saavedra, 2020: 1146-1147.

60. Alonso Álvarez (2011): 23-27.

61. Migués Rodríguez & Presedo Garazo, 2012: 285.

62. Burdiel, 2020: 261. García García, 2009: 252.

encarnada en don Pedro, y la autora sin duda conocía esta realidad a través de sus vínculos con los Quiroga<sup>63</sup>. Esta divergencia aparentemente deliberada es la que convierte sus obras en una preciosa fuente de información en tanto que muestran una de las muchas caras que conformaban la poliédrica realidad del mundo pacego: la que conformaba el imaginario colectivo, alentada por aquellos sectores de la hidalgía que sí lograron adaptarse a los nuevos tiempos, como los Pardo Bazán, interesados en distanciarse de las élites más tradicionales y así forjar por contraposición una imagen propia mucho más avanzada, a fin de convertirse en la fuerza rectora frente a los desafíos de la modernidad.

## 5. REFLEXIONES COMPARADAS EN CLAVE DE GÉNERO

Si algo parece desprenderse de estas tres novelas es la imagen de una élite rural en plena crisis, desconcertada por la grave fractura abierta entre su autopercepción y una realidad cambiante, marcada por el rápido avance de otra forma de entender las diferencias sociales y su jerarquización. No obstante, las sutiles discrepancias que se advierten entre ellas informan de las peculiaridades que este proceso de cambio revistió según el contexto específico en el que vivieron sus autoras y la época desde la que proyectaron su relato hacia el pasado. Quizá una de las más evidentes se deriva de su diferente posicionamiento en la escala social, que parece haber influido en sus respectivos talantes a la hora de reelaborar discursivamente la debilidad de una élite tradicional en decadencia, desfavorecida por los nuevos tiempos y mal avenida con su progresiva pérdida de poder: implacablemente desdeñosa en el caso de la futura condesa de Pardo Bazán, crítica a la vez que burlona en la pluma de George Eliot, decididamente apologética en la obra de Louise von François.

Como ya hemos referido, la España liberal se construyó en buena medida sobre unas bases ideológicas conservadoras, que permitieron un amplio margen de adaptación para que la antigua nobleza se incorporase a la nueva élite rectora desplegando todo tipo de estrategias, a fin de evitar que su posición de poder sufriera grandes menoscabos: los Pardo Bazán fueron un claro ejemplo del éxito de esta adaptación, y *Los pazos de Ulloa* se erigen aparentemente en consecuencia como un instrumento más en refuerzo de esa ruptura con quienes no tuvieron igual suerte<sup>64</sup>. Louise von François, en cambio, se alinea decididamente con estos últimos y reivindica en positivo el papel que la antigua nobleza de sangre había desempeñado en la modernización de Prusia desde el cambio de siglo y con anterioridad, contribuyendo a la forja del nuevo espíritu patrio con sus valores identitarios tradicionales a base de disciplina, responsabilidad y honor, antes de ceder paso definitivamente a una élite de nuevo cuño. Ello se debe, muy posiblemente, a su propia identificación con esa antigua nobleza a través del linaje paterno, a la

63. Saavedra (2009): 178-183.

64. Hace ya tiempo que la historiografía viene aportando ejemplos de ese éxito adaptativo, como bien puede verse en McDonogh, 1988; Cruz Valenciano, 2000; Luengo (2016).

que reviste de virtudes idealizadas y heroicas, asimiladas como naturales de tanto leer a su padrastro antiguos libros de historia que cantaban las hazañas bélicas de comienzos del siglo XIX<sup>65</sup>. Ya señalamos, sin embargo, que Louise von François tenía tanta sangre burguesa como noble, y que las circunstancias de su familia la abocaron a una vida retraída, dedicada al cuidado de sus parientes y a la lectura: en ello se diferencia radicalmente de Emilia Pardo Bazán y George Eliot, que fueron mujeres de mundo y alcanzaron notoriedad en los círculos más destacados de la sociedad de su tiempo, lo que les proporcionó un conocimiento más exacto y de primera mano de las realidades que reinterpretaron en sus obras. Al igual que Vetusta para Clarín, la comunidad de Middlemarch en su conjunto tiene protagonismo propio en la novela de Eliot y su pluma se recrea en todos los estratos sociales imaginables, con mayor o menor éxito, pero lo cierto es que parece percibirse una mayor simpatía de la voz narradora hacia los personajes de clase media, honrados y trabajadores, aunque no exentos de defectos naturales como los Garth<sup>66</sup>. Sin embargo, su propia adscripción social a dicha clase media no parece haberla impulsado a atacar con especial saña a los personajes que creó para encarnar la deslealtad de los próceres de Middlemarch, a diferencia de cuanto hizo Pardo Bazán con don Pedro y sus semejantes, quizá justamente porque en su caso no era necesario un distanciamiento radical y su mirada era más propia de un observador ecuánime, o casi.

En todo caso, las connotaciones de género tampoco pueden pasarse por alto en este análisis global porque la conciencia de su propia identidad sexuada condicionó mucho el tratamiento que las tres autoras dieron a sus personajes femeninos según su propia extracción social, y ello nos conduce a reinterpretar en clave de género los discursos que modelaron sobre el cambio social en estas obras. En efecto, aun guardando notables diferencias entre sí, las tres novelistas coincidieron al cuestionar varios aspectos fundamentales del ordenamiento patriarcal, apenas divergentes entre los diferentes discursos ideológicos que lo defendían en pleno siglo XIX: la educación femenina tradicional, el matrimonio como supuesto punto de inflexión vital o la diferente incidencia del papel desempeñado por el dirigismo familiar, sobre todo vinculado a lo anterior<sup>67</sup>.

Si partimos de la importancia que cada autora concede a sus personajes femeninos, las diferencias resultan muy llamativas e inversamente proporcionales al margen de realización personal en el que se movieron Louise von François, George Eliot y Emilia Pardo Bazán. Así, la novela de la primera ofrece el caso más extremado de todos, pues su protagonista indiscutible es Hardine von Reckenburg, incluso cuando se narran las vivencias de otros personajes como August Müller o la Condesa Negra, y todo gira en torno a la excepcionalidad de una mujer que asume la gestión de sus tierras y de la comunidad al completo con tanta autoridad y éxito como un hombre, si no más. Salvando las distancias, en realidad autora y personaje apenas difieren en lo esencial, pues ambas proceden de familias de noble cuna, aunque desafortunadas,

---

65. Konzett, 2000: 302.

66. Williams (1969): 258.

67. Altonaga Begoña (2023).

y a las dos se las priva de un matrimonio deseado por causas ajenas a ellas mismas: la pérdida de la fortuna materna, en el caso de François, y en el de Hardine primero el enamoramiento del príncipe August por Dorl y años más tarde el escándalo protagonizado por el hijo ilegítimo de aquellos. En consecuencia, personaje y autora deberán reconducir sus vidas por caminos imprevistos en su juventud, guiadas por una firme resolución y un hondo sentido del deber y el honor, solo que el papel cuidador que se vio obligada a asumir Louise dista mucho de la gran autonomía y respetabilidad que permitiría alcanzar a su heroína. No parece muy arriesgado suponer, por tanto, que los éxitos de Hardine en la ficción compensaban de algún modo las decepciones vitales de su creadora, que se rebelaba así contra su propio destino y conformaba una subjetividad femenina nueva: la de una agente activa en la construcción de esa nueva Alemania, revestida de los valores tradicionales prusianos, y a la vez eslabón indispensable entre la nobleza de sangre y la pujante burguesía al frente de la nación, lo que en la práctica venía a reivindicar su propio papel como mujer y como autora en la forja de la nueva sociedad nacional.

En cambio, los personajes femeninos ideados por Eliot y Pardo Bazán son mucho más realistas en tanto que actúan dentro de las coordenadas propias de un mundo jerarquizado conforme al sexo de sus componentes, en el que las mujeres se hallan sujetas a la tutela masculina con independencia de su adscripción social: en el caso de *Middlemarch*, esto es especialmente visible en los personajes de Dorothea Brooke, Rosamond Vincy y Mary Garth, cada una procedente de una clase social distinta, pero todas condicionadas en igual medida por su sexo, y en *Los pazos de Ulloa* no deja de vislumbrarse una cierta semejanza entre la sujeción de Nucha a su marido y la de la criada Sabel a su señor. Ahora bien, en ambas novelas hay un fuerte componente subversivo que evidencia la disconformidad de sus autoras con estas realidades que presentan bajo formas más creíbles, comenzando con el cuestionamiento del dirigismo familiar y su papel en la concertación de los matrimonios.

En efecto, las dos obras ofrecen sobrados ejemplos de la continuidad de una práctica tan extendida como trasnochada en pleno siglo XIX, y es que, a pesar del triunfo liberal burgués, muchos de los mecanismos de reproducción social ya utilizados en los siglos modernos siguieron vigentes mientras respondieron a los objetivos de las familias para perpetuar la desigualdad y definir su posición social, solo que adaptados a los nuevos tiempos que corrían, y el matrimonio, clave en la transmisión del patrimonio, siguió siendo tan esencial entonces como cuando era garante de la perpetuación del linaje<sup>68</sup>. La elección del cónyuge era, pues, un asunto muy delicado por sus implicaciones económicas y de todo tipo, lo que en buena medida explica que los progenitores fuesen reacios a dejar semejante decisión en manos de los propios interesados. Por ello, apenas sorprende el entusiasmo con el que don Manuel de la Lage recibe en *Los pazos de Ulloa* la noticia de que su sobrino está interesado en desposar a alguna de sus hijas, que remite a una práctica de largo recorrido en las élites tradicionales, tendentes a replegarse en la endogamia y la consanguinidad para preservar las bases materiales e inmateriales de su posición

68. García González (2022): 143.

privilegiada, sobre todo porque en su decisión subyace una clara repugnancia hacia un posible descenso social<sup>69</sup>. En efecto, pese al evidente aburguesamiento de sus maneras y su modo de vida urbano, don Manuel se niega a consentir que sus hijas se casen con cualquiera, pero la suerte que les aguarda, víctimas propiciatorias de este empecinamiento arcaizante y condenadas por ello a la infelicidad, resume en sí misma el velado rechazo de Pardo Bazán ante tales prácticas: así, Carmen se atreve a todo y no duda en comprometerse irreversiblemente por cumplir sus deseos de casarse con «un estudiantillo de medicina, un nadie, hijo de un herrador de pueblo»; Rita, cegada por la rabia y el despecho, dejará de hablarse con Nucha cuando don Pedro finalmente la elija por esposa y marchará lejos de Santiago; por su parte, la propia novia no solo deberá sufrir la separación de su familia y el resentimiento eterno de su hermana, sino que sufrirá los desprecios y hasta el maltrato físico de su marido cuando no pueda darle un heredero.

Ahora bien, no siempre resulta tan obvio el cuestionamiento de estas prácticas ancestrales, como en el caso de Dorothea Brooke en *Middlemarch*, pues la crítica queda sujeta a la interpretación: convencida de que ayudando al señor Casaubon a culminar su gran obra contribuiría a la consecución de un bien para la humanidad, la joven se entregó de buen grado a un matrimonio incomprensible para todos excepto para sí misma, pero pronto se convertiría en una fuente de tristeza y frustración permanente, desprovisto de afecto y de la complicidad intelectual que había anhelado. De esto pueden hacerse varias lecturas: la primera de ellas estaría relacionada con la subversión del principio de autoridad por el que se regían las relaciones familiares y que normalmente se traducía en la imposición de la voluntad paterna a la hora de elegir cónyuge. El fracaso matrimonial de la heroína y su desdicha podrían así interpretarse como el justo castigo por pervertir el orden patriarcal, pero tampoco puede descartarse la posibilidad contraria: que Eliot quisiera demostrar de este modo que el corazón y la afinidad entre los cónyuges debían prevalecer sobre las demás consideraciones a la hora de forjar semejante vínculo.

Una segunda lectura en clave de género cuestionaría los fundamentos de la subordinación femenina a través de la educación y de las leyes que condenaban a las mujeres a una minoría de edad perpetua, siempre sometidas a la autoridad de un varón de su familia o a la de un tutor legal. Con respecto a lo primero, a lo largo de toda la obra hay numerosos ejemplos que apuntan a la firme creencia de la autora en la necesidad de una mejor educación para las mujeres, incluso entre las que no aspiraban a ser más que un ángel del hogar, como la señora Garth; en cambio, la superficialidad con que se educaba a las jóvenes de cierta posición las reducía a una vida contemplativa y a cifrar todas sus expectativas en un matrimonio ventajoso, lo que en Eliot despertaba un desdén no exento de commiseración, manifiesto en su descripción de la «hacendosa» Rosamond Vincy (2: 299-300). Por su parte, la incapacidad de Dorothea para adentrarse en el dominio masculino de los textos griegos y latinos se convertiría en uno de los principales motivos de su frustración

---

69. Henarejos López, 2016: 187-188.

conyugal, pues se había enamorado de la idea de ayudar al señor Casaubon en la culminación de su gran obra intelectual, más que del hombre en sí, y por ello, cuando las limitaciones de su propia formación la redujeron al simple papel de escriba, vio saltar en pedazos todas sus ilusiones<sup>70</sup>. No obstante, en realidad la crítica de George Eliot va mucho más allá si se tiene en cuenta que la decisión de Dorothea de casarse con Casaubon radicaba en la profunda insatisfacción que hallaba en sus perspectivas vitales como mujer, que limitaban sus posibilidades reales de hacer el bien y de que su vida fuera provechosa a los demás, construyendo buenas granjas para los colonos, como era su deseo<sup>71</sup>. Sin embargo, la sujeción legal de las mujeres excluía por completo la posibilidad de que pudiera acometer este proyecto por sí misma pese a ser considerada una heredera, y, como siempre habría dependido de la voluntad de un hombre para ello, ni siquiera se le ocurriría tal idea. Por eso, la frustración de Dorothea procede de la doble limitación que le impone su sexo por el discurso patriarcal hegemónico: la de una educación restrictiva e insuficiente, y la de su sujeción legal a una minoría de edad perpetua, tan solo superable con la viudez.

Pese a las inevitables diferencias argumentales y estilísticas, Louise von François, George Eliot y Emilia Pardo Bazán quisieron plasmar en sus novelas un mismo fenómeno y que trascendía tanto sus experiencias personales como el devenir concreto de sus respectivos países: la fractura abierta en las sociedades agrarias por un proceso de modernización implacable, rápido en socavar las bases que habían sustentado tradicionalmente el orden social, pero que no lo fue tanto a la hora de favorecer mecanismos de adaptación al cambio. Alejadas en el tiempo y el espacio, las tres autoras sintieron la necesidad de abordar la desorientación de la pequeña nobleza rural y sus diferentes reacciones ante su inesperado ocaso desde posiciones divergentes que, en cualquier caso, denotan su propia alineación con las fuerzas del progreso: desde la asunción de unos valores propiamente burgueses por parte de la protagonista de *Die letzte Reckenburgerin* para cimentar una identidad nacional de nuevo cuño, a la sustitución de la antigua aristocracia terrateniente por una clase media que se afana en aplicar los avances científicos a la explotación agraria en *Middlemarch*, pasando por la degeneración integral de una hidalguía obtusa que se niega a adaptarse a los nuevos tiempos en *Los pazos de Ulloa*. Y como trasfondo de esta problemática común, otra de mayor calado si cabe: la causada por las desigualdades de género, mantenidas en el tiempo pese a los cambios sociales y responsables de que las mujeres sufrieran estos doblemente.

---

70. Ambrose, 2015: 70-71.

71. Newman, 2022: 31.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguado, Ana, «Construcción de la ciudadanía, género y culturas políticas», en María Pilar Pérez Cantó (ed.), *De la democracia ateniense a la democracia paritaria*, Barcelona, Icaria, 2009: 147-164.

Aidt, Toke S. & Franck, Raphaël, «Democratization under the Threat of Revolution: Evidence from the Great Reform Act of 1832», *Econometrica*, 83-2 (2015): 505-547.

Alonso Álvarez, Luis, «La economía de Galicia, una panorámica, c. 1750-2010», *Historia Contemporánea*, 42 (2011): 15-66.

Altonaga Begoña, Bakarne, «Between the Soul and the Body: The Construction of Sexual Difference in Modern Spain», *European History Quarterly*, 53-2 (2023): 211-232.

Amaral, Luciano et al., «Economic Growth and Structural Change in the Iberian Incomes, 1800-2000», *Documentos de trabajo de la Asociación Española de Historia Económica*, 20 (2020): 1-32.

Ambrose, Kathryn, «George Eliot and the 'Superfluous Woman': A Subtle Means of Protest?», en *The Woman Question in Nineteenth-Century English, German and Russian Literature: (En)gendering Barriers*, Leiden, Brill, 2015: 58-92.

Aresti, Nerea, «Juegos de integración y resistencia. Discursos normativos y estrategias feministas (1860-1900)», *Historia Social*, 68 (2010): 25-46.

Ashworth, William J., *The Industrial Revolution: the State, Knowledge and Global Trade*, London, Bloomsbury Academic, 2017.

Bieder, Maryellen, «Between Genre and Gender: Emilia Pardo Bazán and *Los Pazos de Ulloa*», en Noël Valis & Carol Maier (eds.), *In the Feminine Mode: Essays on Hispanic Women Writers*, Lewisburg, Bucknell UP, 1990: 131-145.

Bieder, Maryellen, «Women Authors in the Romantic Tradition (1841-1884) and Early Feminist Thought (1861-1893)», en Silvia Bermúdez & Roberta Johnson (eds.), *A New History of Iberian Feminisms*, Toronto, University of Toronto Press, 2018: 126-146.

Bland, Caroline, «The End of 'Noblesse Oblige' in German Realism? Social Mobility and Social Obligation in the Writing of Louise von François», *German Life and Letters*, 66-2 (2013): 137-155.

Blasco Herranz, Inmaculada, «Gendering Catholicism in Late Modern Spanish History (1854-1923): Research Lines and Debates for a European Dialogue», *European History Quarterly*, 53-2 (2023): 233-253.

Burdiel, Isabel, «Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma», en José Álvarez Junco, Rafael Cruz & Florencia Peyrou (eds.), *El historiador consciente: homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid, Marcial Pons, 2015: 263-282.

Burdiel, Isabel, *Emilia Pardo Bazán*, Barcelona, Taurus, 2019.

Burdiel, Isabel, «Ideología, cultura y biografía en torno a Emilia Pardo Bazán», en Carmen Frías Corredor, Pedro Víctor Rújula López & Alberto Sabio Alcutén (eds.), *Carlos Forcadell. A propósito de la historia*, Zaragoza, Institución «Fernando El Católico», 2020: 255-264.

Burdiel, Isabel, «Emilia Pardo Bazán. El reto de la modernidad», en Isabel Burdiel (ed.), *Emilia Pardo Bazán. El reto de la modernidad*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2021: 22-45.

Burguera, Mónica, «Presentación. Género y subjetividad en la España del siglo XIX (un diálogo entre la historia y la literatura)», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 29 (2017): 15-19.

Chartier, Roger, «Presentismo del pasado», *Estudios sociales*, 58 (2020): 61-74.

Corbin, Alain, «Les historiens et la fiction. Usages, tentation, nécessité...», *Le Débat*, 165-3 (2011): 57-61.

Cruz Valenciano, Jesús, *Los notables de Madrid: las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000.

Dickinson, H. T., *A Companion to Eighteenth-Century Britain*, London, Blackwell Pub, 2002.

Eliot, George, *Middlemarch: A Study of Provincial Life*, Edinburgh and London, William Blackwood and Sons, 1871, 4 vols.

Fox, Thomas C., *Louise von François: Between «Frauenzimmer» and «A Room of One's Own» (Germany)*, Tesis doctoral, Yale University, 1983.

François, Louise Von, *Die letzte Reckenburgerin*, Berlin, Druck und Verlag von Otto Janke, 1871, 2 vols.

García García, Carmen, «Galería de mujeres en los cuentos de Emilia Pardo Bazán», en Pilar Pérez Cantó (ed.), *El origen histórico de la violencia contra las mujeres*, Madrid, Editorial Dilema, 2009: 241-272.

García González, Francisco, «Herencia y prácticas sociales en España, siglos XVIII-XIX. Perpetuar la desigualdad, reproducir las diferencias», *Historia social*, 104 (2022): 143-158. «Género e historiografía contemporánea», *Ayer*, 136 (2024): 317-350.

Gilleir, Anke & Montoya, Alicia C., «Toward a New Conception of Women's Literary History», en Anke Gilleir, Alicia C. Montoya & Suzan Van Dijk (eds.), *Women Writing Back/Writing Women Back: Transnational Perspectives from the Late Middle Ages to the Dawn of the Modern Era*, Leiden; Boston, Brill, 2010: 1-20.

Gleadle, Kathryn, *British Women in the Nineteenth Century*, London, Palgrave Macmillan, 2001.

González Herrán, José Manuel, «Difusión y proyección de la obra de Emilia Pardo Bazán», en Isabel Burdiel (ed.), *Emilia Pardo Bazán. El reto de la modernidad*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2021: 176-190.

Guth, Deborah, «George Eliot and Schiller: Narrative Ambivalence in *Middlemarch* and *Felix Holt*», *The Modern Language Review*, 94-4 (1999): 913-924.

Hagemann, Karen, *Revisiting Prussia's Wars against Napoleon: History, Culture, and Memory*, New York, Cambridge University Press, 2015.

Hagemann, Karen & Quataert, Jean, «Gendering Modern German History. Comparing Historiographies and Academic Cultures in Germany and the United States through the Lens of Gender», en Jean Quataert & Karen Hagemann (eds.), *Gendering Modern German History. Rewriting Historiography*, New York, Berghahn Books, 2007: 1-38.

Hall, Catherine et al., *Defining the Victorian Nation: Class, Race, Gender and the British Reform Act of 1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

Henarejos López, Juan Francisco, *Matrimonio y consanguinidad en España: discursos y prácticas en los siglos XVIII y XIX*, Tesis doctoral, Universidad de Murcia, 2016.

Henry, Nancy, *The Life of George Eliot: A Critical Biography*, Malden, Mass, Wiley-Blackwell, 2012.

Hernández Franco, Juan & Irigoyen López, Antonio, «Familias en transformación en la España de los siglos XVIII y XIX. Reflexiones a partir del matrimonio Muñoz-Borbón», *Historia social*, 104 (2022): 161-178.

Hoppen, K. Theodore, *The mid-Victorian Generation, 1846-1886*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

Hughes, Kathryn, «George Eliot's Life», en Margaret Harris (ed.), *George Eliot in Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013: 3-11.

Hutcheon, Linda, «Rethinking the National Model», en Linda Hutcheon & Mario J. Valdés (eds.), *Rethinking Literary History: A Dialogue on Theory*, Oxford, Oxford University Press, 2002: 3-49.

Ibarra, Rogelia Lily, *Redefining Hegemonic Divisions of Space: Representations of Nation in the Novels of Gertrudis Gómez de Avellaneda and Emilia Pardo Bazán*, Tesis doctoral, Indiana University, 2009.

Kitchen, Martin, *The Political Economy of Germany, 1815-1914*, London, Routledge, 2019 (1<sup>a</sup> ed. 1978).

Konzett, Matthias (ed.), *Louise von François 1817-1893*, Chicago, Fitzroy Deaborn Publishers, 2000.

Kopsidis, Michael & Bromley, Daniel W., «Explaining German Economic Modernization: The French Revolution, Prussian Reforms, and the Inevitable Continuity of Change», *Annales Histoire, Sciences Sociales*, 72-4 (2017): 729-766.

Kuzmic, Tatiana, *Adulterous Nations: Family Politics and National Anxiety in the European Novel*, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 2016.

Labanyi, Jo, *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

Labanyi, Jo, «Afectividad y autoría femenina. La construcción estratégica de la subjetividad en las escritoras del siglo XIX», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 29 (2017): 41-63.

Lacapra, Dominick, *History, Literature, Critical Theory*, Ithaca, Cornell University Press, 2013.

Levine, Caroline, «Surprising Realism», en Amanda Anderson & Harry E. Shaw (eds.), *A Companion to George Eliot*, Hoboken, John Wiley & Sons Inc., 2013: 62-75.

Luengo, Javier, «Las élites liberales: una sociedad conyugal», *Historia Social*, 86 (2016): 91-108.

McCord, Norman & Purdue, Bill, *British History, 1815-1914*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

McDonogh, Gary Wray, *Las buenas familias de Barcelona: historia social de poder en la era industrial*, Barcelona, Omega, 1988.

Migués Rodríguez, Vítor Manuel, «Movilidad horizontal y vertical de una élite progresivamente urbana: los hidalgos gallegos», en Julio Hernández Borge & Domingo L. González Lopo (eds.), *Movilidad de la población y migraciones en áreas urbanas de España y Portugal: actas del Coloquio Internacional, Santiago de Compostela, 27-28 de noviembre de 2008*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, 2009: 41-66.

Migués Rodríguez, Vítor Manuel & Presedo Garazo, Antonio, «Los privilegiados», en Isidro Dubert García (ed.), *Historia de la Galicia Moderna: siglos XVI-XIX*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2012: 269-318.

Moreno-Luzón, Javier, «Political Clientelism, Elites, and Caciquismo in Restoration Spain (1875-1923)», *European History Quarterly*, 37-3 (2007): 417-441.

Mutter, Gisela, *Möglichkeiten Frau zu sein: Weiblichkeitssentwürfe im 19. Jahrhundert bei Louise Aston, Charlotte Birch-Pfeiffer und Louise von François*, Tesis doctoral, University of British Columbia, 1997.

Newman, Madison V., *An Economy of Care: George Eliot's Middlemarch and Feminist Care Ethics*, Tesis doctoral, University of Massachusetts Amherst, 2022.

O'Brien, Patrick Karl, «Britain's Wars with France 1793-1815 and Their Contribution to the Consolidation of Its Industrial Revolution», en Patrick Karl O'Brien (ed.), *The Crucible of Revolutionary and Napoleonic Warfare and European Transitions to Modern Economic Growth*, Leiden, Brill, 2022: 22-49.

Pardo Bazán, Emilia, *Los pazos de Ulloa. Novela original, precedida de unos apuntes biográficos*, Barcelona, Daniel Cortejo y C.ª Editores, 1886, vol. 2 vols.

Patiño Eirín, Cristina, «La biblioteca en vilo de Emilia Pardo Bazán», en Isabel Burdiel (ed.), *Emilia Pardo Bazán. El reto de la modernidad*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2021: 159-175.

Price, Richard, *British Society, 1680-1880: Dynamism, Containment, and Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

Rodríguez Palmeiro, Iago, *Casas hidalgas de la Galicia interior: contribución al estudio de la hidalgía de pazo, siglos XVI-XIX*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 2021.

Romeo Mateo, María Cruz, «Ser a la vez artista y católica. La religiosidad de Pardo Bazán», en Isabel Burdiel (ed.), *Emilia Pardo Bazán. El reto de la modernidad*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2021: 60-75.

Saavedra, Pegerto, «La vida en los pazos gallegos: entre la civilidad y la rudeza», *Chronica Nova*, 35 (2009): 163-191.

Saavedra, Pegerto, «Entre literatura e historia: notas sobre la cultura de los pazos», en Rosa María Alabrus Iglesias, José Luis Betrán Moya, Javier Burgos Rincón, Bernat Hernández, Doris Moreno & Manuel Peña Díaz (eds.), *Pasados y presente: estudios para el profesor Ricardo García Cárcel*, Barcelona, Universidad Autònoma de Barcelona, 2020, vol. 1: II43-II54.

Schulze, Hagen, «The Prussian Reformers and their Impact on German History», en T. C. W. Blanning & Peter Wende (eds.), *Reform in Great Britain and Germany, 1750-1850*, Oxford, Oxford University Press, 1999: 61-78.

Sierra, María, «Enemigos internos: Inclusión y exclusión en la cultura política liberal», en María Sierra, Juan Pro Ruiz & Diego Mauro (eds.), *Desde la historia. Homenaje a Marta Bonaudo*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2014: 73-90.

Simms, Brendan, «Reform in Britain and Prussia, 1797-1815: (Confessional) Fiscal-Military State and Military-Agrarian Complex», en T. C. W. Blanning & Peter Wende (eds.), *Reform in Great Britain and Germany, 1750-1850*, Oxford, Oxford University Press, 1999: 79-100.

Suárez Cortina, Manuel, *La sombra del pasado: novela e historia en Galdós, Unamuno y Valle-Inclán*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

Tames, Richard, *Economy and Society in 19<sup>th</sup> Century Britain*, London, Routledge, 2013.

Tilly, Charles, *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, London, Routledge, 2016.

Whittle, Ruth, *Gender, Canon and Literary History: The Changing Place of Nineteenth-Century German Women Writers (1835-1918)*, Berlin, Walter de Gruyter, 2013.

Williams, Raymond, «The Knowable Community in George Eliot's Novels», *NOVEL: A Forum on Fiction*, 2-3 (1969): 255-268.

Williams, Raymond, *The English Novel, from Dickens to Lawrence*, New York, Oxford University Press, 1970.

Worley, Linda K., «Louise von François (1817-1893): Scripting a Life», en Ruth-Ellen Boetcher Joeres & Marianne Burkhard (eds.), *Out of line / Ausgefallen: the Paradox of Marginality in the Writings of Nineteenth-Century German Women*, Amsterdam, Rodopi, 1989: 161-186.

